

Capítulo 1

MONETARIZACIÓN DE LA TECNOLOGÍA

Este capítulo gira en torno a las experiencias de un ciudadano medio, D. Inocencio Pringato, con la nueva economía, la infotecnología y la globalización, desde mediados de 01999 hasta finales de 02002¹, que telegráficamente se resumen así: a) En el plano anímico, Pringato se siente engañado, decepcionado y expoliado; b) En el plano de los hechos, está prácticamente arruinado; en un intervalo de menos de 3 años ha visto volatilizarse en la Bolsa el 50% de los ahorros de toda su vida. Y lo peor no es que no confíe en recuperarlos², sino que, junto con muchos otros, ha perdido la confianza en el sistema económico y en sus dirigentes.

Sus experiencias han corrido paralelas a un fenómeno sin precedentes. Economía y tecnología han representado juntas como primadonnas una obra, sin autores conocidos, que empezó siendo un alegre musical y derivó en drama, con ribetes de tragicomedia, ante el asombro de millones de espectadores, que, por primera vez, actuaban también en el coro, además de ser coproductores de la obra. Si hubiera sido una película, podría haberse titulado al principio *La gran ilusión* y por último *La quimera del oro*, *El crepúsculo de los dioses*, *Lo que el viento se llevó* o *El Coloso en llamas*, al gusto de cada uno.

Paseantes atribulados

Las tribulaciones de este ciudadano no tendrían sitio en el libro, si no fuera porque forman parte del contexto en el que éste ha sido concebido. En la primavera de 02000 inicié en la revista *eWeek* mi serie de columnas semanales bajo el extraño título de *Noosferia*, con el objetivo de explorar asuntos corrientes de la vida económica y empresarial, a condición de que pudieran relacionarse con la innovación tecnológica, una de las asignaturas nuevas que había empezado a impartir en la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Telecomunicación, de la Universidad Politécnica de Madrid. La última columna de la serie *Noosferia*

apareció el 12 de julio de 2001. Durante un tiempo algo superior al período reseñado, he comentado bastantes cuestiones asociadas a esta temática con dos amigos en nuestros paseos dominicales por la Casa de Campo, de Madrid. Para respetar su intimidad, los llamaré Inocencio Pringato y Perpetuo Ético-Escético.

El primero es un hombre próximo a su jubilación, con cuatro hijos, honrado, modesto ahorrador, ciudadano intachable. A partir de 1999, animado por el ambiente y por la falta de mejores alternativas, colocó sus ahorros en la Bolsa, comprando acciones, suscribiendo fondos y actualizando sus planes de pensiones privados. Poco a poco, fue acostumbrándose a consultar la información económica de los medios de comunicación, para, siguiendo y contrastando sus análisis, mover sus inversiones. En un momento dado, trasladó una parte de su inversión hacia valores tecnológicos, debido a su muy publicitado potencial de crecimiento. Nunca antes se había hablado popularmente tanto de tecnología, de operadoras de telecomunicación, de licencias UMTS, Nasdaq y cosas parecidas, aunque siempre, eso sí, en su vertiente económica.

P. Ético-Escético es persona ilustrada en materias empresariales. Su papel ha consistido en aportarnos bibliografía seria y también irónica sobre economía y gestión, amén de documentación puntual sobre los acontecimientos del día a día. Regularmente, lee diversas revistas del género, las páginas de economía de los diarios y los suplementos “salmón”. Él sabe que los inversores que entraron en Bolsa durante el período 1995-1998 y se beneficiaron de las importantes subidas bursátiles que Greenspan, presidente de la Reserva Federal americana, calificara en diciembre de 1996 de “exuberancia irracional”, han salido mejor parados que Pringato. Le debo no solamente sus opiniones, sino mi neófito acostumbramiento a leer las ediciones europeas de *The Economist* y *BusinessWeek*, revistas que me han suministrado numerosos datos para el libro.

La cooperación de estas tres almas peripatéticas, sintetizando en sus conclusiones la patética experiencia económica de Pringato, la suspicacia y el escepticismo de Perpetuo Escético y mis pretensiones epistemológicas, insufló un cierto tono de ironía y descreimiento a aquellas columnas de Noosferia, que el lector encontrará aquí reeditadas, dispersas por todos los capítulos. Durante este proceso de vivencias y reflexiones, Pringato, que lo inició con una cierta confianza en los agentes económicos, anda ahora cavilando si el mundo económico es un caos real o sólo un caos aparente, en el que unas manos invisibles (no las teorizadas por Adam Smith) se ocupan de embrollarlo todo para “afanarle” el dinero de sus bolsillos. Por lo menos, tal es el resultado neto de la historia. A veces, mientras caminábamos, me he preguntado en voz alta cuántos dirigentes empresariales habrán entendido realmente algo del papel de la tecnología en la transformación de las estructuras socioeconómicas.

Nueva economía

Por poner una fecha a las etapas, puede convenirse en que fue el 21 de octubre de 01999 cuando se puso la primera piedra oficial al comienzo de la era digital de la economía. Ese fue el día en el que entraron en el índice industrial Dow Jones las acciones de Intel y Microsoft, desplazando de él a empresas centenarias. Pocos días después, en noviembre, la Bolsa de Madrid se postmoderniza con la entrada a cotización de la empresa Terra, un portal de Internet, que es una nueva categoría de negocio electrónico para ese territorio por explorar al que solemos denominar ciberespacio. Tales circunstancias me sugirieron el título un tanto mefistofélico de la primera columna de mi serie, *Terra incognita*, escrita –espero que se fije el lector– cuando el valor de la acción estaba casi en su cenit, tras unas primeras caídas del Nasdaq americano.

Por las consecuencias que todos hemos vivido, se hace ahora evidente que estos negocios eran efectivamente incursiones en una tierra desconocida, sin planos y sin brújula, evidencia aposteriorística (casi tres años después) que traza, negro sobre blanco, el siguiente extracto de un editorial del diario *El Mundo*, 6-VI-02002, titulado “Los beneficios caen, la Bolsa se hunde”, : (...) “El caso más llamativo es el de Terra, cuyas acciones llegaron a cotizar a más de 150 euros y ayer cerraron a 6 euros. Es probablemente el mayor fiasco de la Bolsa española en los últimos quince años, teniendo en cuenta que los analistas y los expertos se cansaron de glosar el enorme atractivo de esta filial de Telefónica, sumida en astronómicas pérdidas”. El 8 de octubre de 02002 –añadimos nosotros el dato–, su valor descendió hasta su mínimo histórico de 3,75 euros. Pero el colmo de los despropósitos de esta aventura se alcanzaría en la primera quincena de mayo de 02003, cuando Telefónica, propietaria entonces de un 38,58% del capital de Terra, lanza una OPA sobre esta empresa, ofreciendo a sus accionistas 5,25 euros por acción. (Datos para el lector: Terra, empresa creada por Telefónica, salió a Bolsa en noviembre de 01999 a un precio de 11,81 euros y llegó a cotizar en su máximo histórico a 157,65).

Dejemos pendiente, por el momento, la interesante observación del editoralista sobre el papel de analistas y expertos, para señalar que el descenso de los valores tecnológicos a los infiernos se produce a partir de su momento cumbre de marzo de 02000³, fecha aceptada internacionalmente como el auténtico apogeo de cotización bursátil de la infotecnología, o, mirado desde otro ángulo, como el fin de la primera y breve fase de la era digital de la economía.

No obstante, para ser objetivos, conviene decir que el desastre resultó ser bastante general y que, por mucho que se insista, de ningún modo se circunscribe a la industria de la infotecnología –los valores de las empresas de biotecnología

Terra incognita

El día 21 de octubre de 01999 se hace oficial el comienzo de la era digital. Entran en el índice Dow Jones las empresas Intel y Microsoft, y salen Goodyear (neumáticos), Chevron (petróleo), Sears (distribución/hogar) y Union Carbide (química), cuatro empresas centenarias. Un informe de la CNN señala entonces que las empresas relacionadas con la navegación por Internet suponen ya el 6% del PIB estadounidense y dan empleo a 2,3 millones de trabajadores. Muchos empiezan a aceptar que, sin que se sepa muy bien cómo, nos encaminamos a una nueva *terra incognita*.

Durante el mes de noviembre del mismo año, diferentes centros científicos hicieron público que, utilizando potentes telescopios situados en montañas y transportados por globos, habían demostrado que el universo es plano y se expande. Esto nos sorprendió a todos, pero no tanto como los resultados de la salida a Bolsa de la empresa Terra, un portal de Internet, inicialmente casi vacío, un negocio electrónico sin beneficios previstos en un horizonte de tres años, cuyo valor sin embargo se multiplicó por 13 en pocos meses, llegando a superar al del mayor banco español. Ahora, todas las empresas se atropellan por comprar un terreno en el ciberespacio, aún sin urbanizar.

Los primeros días de la segunda semana de febrero de 02000, Yahoo!, Amazon, eBay y CNN, entre otros importantes servicios y empresas de Internet, quedaron bloqueados durante horas por una malintencionada demanda masiva de información. Insensible a la noticia, Terra alcanzó precisamente entonces su máximo histórico.

27-IV-02000

han sufrido un descalabro parecido— o a los sectores que se han llamado de nueva economía. Valga de ejemplo que el valor del Ibx 35, índice selectivo de los mejores valores del mercado español, pasó de 12.830 en marzo de 02000 a 6.655 puntos, el 26 de junio de 02002, y a 5.390 el 24 de septiembre de 02002. Por esta misma época, más de 20 empresas cotizaban en el mercado continuo de la Bolsa española por debajo de su valor contable, a riesgo de ser adquiridas en cualquier momento a través de una opa hostil. Dos días después, reconociendo la debilidad económica, la Comisión Europea propone aplazar el objetivo de equilibrio presupuestario de la Unión del 02004 al 02006.

A mediados de diciembre de 02002, se calcula que el parqué español ha perdido en dinero, desde aquella famosa fecha de marzo, unos 100.000 millones de euros. Finalmente, el Ibex 35 cierra su ejercicio de 02002 –y aquí prácticamente⁴ cerramos nuestros datos sobre la Bolsa– en 6.036,9, totalizando en el año una pérdida del 28,11% y un 53% desde aquel marzo ya histórico. Sólo para recuperar aquel valor, tendría que subir el Ibex un 112%. Otro ejemplo, que puede valer, aunque el caso japonés sea un caso un tanto especial: El 2 de septiembre de 02002, la Bolsa de Tokio había regresado a sus niveles de 01983 (*El País*, 3-IX-02002).

A pesar de que en un período cortísimo ha habido incontables referencias a la “nueva” economía, sus conceptos están confusos o han sido mal explicados. En la práctica se manejan varias versiones, cuyo factor común parece ser la contribución esencial de la infotecnología en los procesos de negocio: La infotecnología ayudaría a aumentar sin pausa la productividad y se eliminarían la inflación y los ciclos económicos. En el próximo capítulo intentaremos describir algo del cómo. Para muchos, nueva economía es equivalente a economía digital o a alguna de sus variantes terminológicas.

Uno siempre ha sido reacio a utilizar el calificativo “nuevo”, porque, sea cual sea el sustantivo al que se aplique, al cabo de unos pocos años ese adjetivo queda totalmente desfasado, y además, de tanto usarlo, pierde su sabor. En efecto, según nos enseñó Schumpeter, todo cambio tecnológico sustancial provoca una onda de innovación industrial, generando una nueva economía. De acuerdo con este planteamiento, estaríamos ahora en la quinta nueva economía, y eso si se cuenta sólo desde la revolución industrial de finales del siglo XVIII⁵.

Así que lo sensato podría ser pensar que la economía se va formando sucesivamente con las transformaciones conflictivas que introduce la sucesión histórica de “nuevas” economías, pero en cada época siempre suele haber quien cree que es posible hacer tabla rasa de lo anterior. Por lo que se refiere a la nueva economía de hoy, llegó a extenderse, una vez más, la especie contagiosa de que empresas sin beneficios previstos, o más que dudosos a medio plazo, podían ser un gran negocio. B. Arnault, presidente del grupo LVMH, líder del mercado de artículos de lujo, exagerando tal vez un poco, ha reconocido que “la fiabilidad de una empresa ya no se valoraba por su volumen de negocio o por el flujo de caja, sino por el número de visitantes de su página Internet” (*El País Negocios*, 22-IX-02002).

También se ha utilizado sin seso, o interesadamente, según los casos, la noción de círculo virtuoso, que llevaba a la idea casi metafísica del crecimiento infinito de beneficios de ciertas empresas, naturalmente a partir de una cierta

masa crítica de la facturación. Los mecanismos bursátiles han hecho el resto para reforzar esta insensata teoría. Dichas empresas obtuvieron el capital en la Bolsa procedente de los bolsillos de Pringato y otros inversores, crédulos y mal aconsejados, las subidas de su cotización permitieron a estas empresas comprar otras empresas o hacer fusiones canjeando acciones (cromos, en el lenguaje popular), pedir créditos a los bancos y prometer a sus directivos jugosos pagos futuros –que en muchos casos acabaron siendo realmente virtuales–, con cargo a los incrementos de cotización de sus activos en el glorioso porvenir.

“Nueva” economía

Pocas cosas hay tan vagas como la distinción entre lo viejo y lo nuevo, sobre todo aplicada a entidades intangibles como las ideas o a situaciones que evolucionan continuamente. Produce grima, verbigracia, la pereza mental con la que, desde hace quince años, muchos hablan de “nuevas tecnologías de la información” (NTIs).

Hoy, la Economía es el territorio donde se concentran los saberes que parecen regir nuestras vidas, aunque nadie en su sano juicio atribuya valor científico a esos saberes. Generalmente, las mal llamadas “ciencias” sociales se (des)agrupan por escuelas teóricas, cada una basada en una particular visión del mundo, como sucede en el caso de la Economía: marxismo, liberalismo, keynesismo, monetarismo, etcétera. Las últimas noticias son que ahora todo se reduce a dos clases, la nueva economía y la vieja economía. El que suscribe se pregunta si tanta simplificación es prueba de que por fin la Economía ha encontrado “la” teoría definitiva o de que también aquí se ha conseguido resumir la vida en un eslogan.

Por análisis lingüístico comparado, un lector profano en la materia podría deducir que nueva economía es la economía digital (¿qué es la economía digital?); la economía de Internet (*i-economy*, según jerga internet-ional); la economía basada en nuevas tecnologías (¿cuáles de las nuevas? ¿algo nuevas, bastante nuevas, novísimas?); la economía de las empresas que tienen pérdidas, pero valen mucho en los mercados bursátiles y prometen un gran futuro; etcétera. Al cierre de este comentario, desconocemos si todas estas categorías son la misma.

4-V-02000

Palabras, burbujas, tecnología

Una de las fusiones más sonadas fue la de los dos grandes grupos empresariales America On Line, empresa joven, y Time Warner, empresa madura y consolidada, donde la primera consiguió posición predominante aprovechando el rápido encumbramiento del valor de sus “cromos”, en alas del fervor público provocado por la nueva economía.

El poder negociador de AOL se basaba en el auge enloquecido del número de conectados a Internet, el eje de su actividad, mientras que TW, como es bien conocido, es un imperio de medios de comunicación y entretenimiento, comercializados y distribuidos por soportes clásicos: películas, libros, música y publicaciones. Las reglas de la nueva economía señalan a la información digital como la fuente donde captar el poder de las empresas. Cuanta más información pueda circular por los canales de comunicación que irrigan las actividades de la empresa, mejor. El ancho de banda, una medida de la cantidad de información por unidad de tiempo que fluye por un determinado canal, se convierte en un santo y seña de las nuevas empresas. De ser un concepto de la ingeniería de telecomunicación ha pasado (erróneamente) a ser casi un concepto empresarial, en el sentido de pretender que mida la velocidad de los procesos de negocio⁶.

Tempranamente, algunos analistas “aguafiestas” auguraron malos trances para esta fusión. Sus predicciones se han cumplido, aunque más tarde de lo que ellos preveían. En julio de 2002, la prensa general, y con mayor razón la especializada⁷, airea caídas superiores al 70% del valor bursátil de este gigante desde su máximo y pérdidas aproximadas de 54.000 millones de dólares en el primer trimestre en su cuenta de explotación. Lo peor vendría después.

Es un hecho constatado que nos olvidamos de la Historia, que en el caso que nos ocupa sería esa pequeña porción de la Historia formalizada por los estudiosos de las ondas de innovación industrial. Se sabe, aunque se olvida, que todas las economías basadas en una onda de innovación tecnológica han experimentado una primera fase de inversiones absurdas y de excesos, semejante a un cóctel salvaje en el que se agitan encumbramientos y ruinas inesperados, seguida de una segunda fase de mercados maduros, con nuevas empresas en crecimientos moderados y formas económicas asentadas, para terminar en una fase de declive rápido causado por una nueva onda emergente.

Lo chocante de tal desmemoria son los mecanismos que para potenciarla y crear un estado de alucinación colectiva usan quienes tienen en principio la obligación de conocer estas historias y de informar y aconsejar al público, esa masa que ha ascendido esforzadamente, con sus pequeños ahorros, a integrarse en el pomposamente llamado capitalismo popular.

Ancho de banda

Se dicen muchas cosas, por ejemplo, que las empresas, antes, necesitaban electricidad, ahora, ancho de banda. Quien no sepa lo que es el ancho de banda no está en la sociedad de la información. Negroponte se ha encargado de divulgar el concepto en su famoso libro, con un capítulo titulado *El ancho de banda desenmascarado*. Desde entonces, casi todo el mundo asocia un ancho de banda pequeño con trasegar la información en el ordenador a pedales.

Mis ojos han tropezado con un artículo de Ted Lewis (*Computer*, marzo), lleno de malos augurios para la superempresa AOL-TW. Lewis califica la fusión como una buena idea: Time Warner pone los contenidos, America On Line, la tecnología on line, claro. Complemento perfecto. Sólo le encuentra la pega de que las pelis requieren cierto ancho de banda ancho y el despliegue U.S.A. de la infraestructura correspondiente (cable digital y otras tecnologías) y de sus usuarios va muy por detrás incluso del número de suscriptores de AOL, para alcanzar hacia el año 02010, como mucho, los 40 millones.

Sugiere maliciosamente si AOL no estará resultando ser más bien America Offline, pero llega más lejos –coincidiendo con la revista *Barron's* y demás–, hasta vaticinar el hostiazo (literalmente) 02000, de AOL y de las bolsas tecnológicas. Miro las caídas del Nasdaq y me pregunto si estoy viendo el *crash* o sólo unas correcciones técnicas. Entonces, muerto de curiosidad, decido dejar constancia de la fecha de redacción de este comentario: 11 de abril.

8-VI-02000

Esos mecanismos los manejan, entre otros, los analistas de bolsa, los profesores de economía, los consultores, los bancos y los medios de comunicación, generales y especializados. “Los bancos de inversión de Wall Street predicaron fervientemente el evangelio de la nueva economía y su milagro de productividad”. Retrotrayéndose a los breves momentos de esplendor teórico de la nueva economía, el anterior texto entrecomillado, escrito cuando aún no han terminado las interminables⁸ caídas en las bolsas, donde se mezclan con “nueva economía” términos valorativos, como “predicar”, “fervientemente”, “evangelio” y “milagro”, que sugieren procedimientos propios de una iglesia, secta o grupo fuertemente ideológico, ha sido extraído del artículo titulado *The Wickedness of Wall Street*, *The Economist*, 8-VI-02002.

Tecnorexia bursátil

Son términos que reflejan el tenor de las palabras que por los mismos tiempos han dicho y escrito la mayoría de los antecitados grupos manejadores de mecanismos de creación de opinión. Ciertamente, y en todo momento, sin embargo, una minúscula minoría⁹ ha estado advirtiendo de los peligros de burbujas bursátiles, en particular de una burbuja tecnológica, pero su voz no ha sido escuchada o ha sido sofocada por el ruido mediático de los demás, concausantes necesarios de la enfermedad que me he permitido bautizar como tecnorexia bursátil, que es apetito o hambre de tecnología por su valor en Bolsa, no por otra razón.

Es verdad que los inversores no querían oír más que noticias optimistas, a ser posible palabras mágicas con poder sobre la marcha de la economía, lo que unido al supercontagioso virus del deseo de enriquecimiento rápido –la neurosis de lucro, según expresión radical de la escritora V. Forrester–, ha acabado por convertir a millones¹⁰ de capitalistas populares en víctimas desengañadas del que los medios denominan capitalismo de pillaje, capitalismo de casino o capitalismo de amiguetes (atribuido a Stiglitz, premio Nobel de Economía). Por definición, el índice español que llaman Nuevo Mercado contiene valores tecnológicos o de “alto crecimiento”. Palabras con dulce veneno, estas dos últimas.

A un ciudadano medio no le resulta fácil hacerse eco de las advertencias “pesimistas” de unos pocos, aún viendo con sus propios ojos grandes oscilaciones en la Bolsa, ni entender qué significa que la dinámica de las cotizaciones sea calificada por algunos como economía financiera (economía especulativa), sin nada qué ver –dicen– con la economía real (economía productiva), cuando ve al mismo tiempo, entre otros signos contundentemente optimistas, cómo las empresas lanzan sus *redes pesqueras* al mercado de trabajo, en busca, al coste que sea, de cientos de miles o de millones de infoprofesionales.

Datos de la Information Technology Association of America (ITAA), publicados en su informe de abril de 2001, señalaban, a toro pasado, para el año 2000, una demanda no cubierta en EE.UU. de 843.328 infoprofesionales, frente a unas necesidades de 1.608.499, y preveían para el año 2001 una demanda de 901.589 profesionales, de los que se esperaba quedarían desgraciadamente sin cubrir 425.358 puestos, el 47,2% de los necesarios. La psicosis por el déficit de personal cualificado llegó al punto de que las empresas de la industria electrónica y de Internet pidieron contratar 600.000 informáticos extranjeros en un período de 3 años, para los que las autoridades estadounidenses emitirían visados de 6 años de duración, a partir del año 2000.

Por su parte, la Unión Europea, en la Cumbre sobre Tecnología, Innovación y Formación, celebrada en Bruselas, marzo de 2000, estimaba la amenazadora

Palabras mágicas

Una de las mejores demostraciones de la existencia de la globalización es que algunas palabras valen cientos de miles de millones de dólares. Esa es la cantidad que suben o bajan los mercados financieros de casi todo el mundo, en cuanto que el Sr. Greenspan abre la boca en Washington. De hecho, hay veces que ni siquiera esperan a que la abra, basta con que los medios difundan instantáneamente que los analistas sospechan que este señor, gris y oscuro, va a pronunciar determinadas palabras.

Y es notorio comprobar cómo los valores bursátiles atraviesan un período de volatilidad (desasosiego) hasta el momento en que finalmente habla Greenspan: si dice las palabras previstas por los arúspices, los mercados se calman. Entonces, los comentaristas explican que se ha despejado la incertidumbre que pesaba sobre la economía.

También se ha podido observar que las palabras de este hombre viejo afectan irregularmente a los valores de la "nueva" economía, fenómeno que habrá que seguir muy de cerca, a ver en qué para. Con unas cuantas palabras, ¡qué digo unas palabras!, con un simple número –el tipo de interés–, él nos revela la pócima mágica que cura la incertidumbre económica. Con las redes electrónicas creíamos que estábamos construyendo una economía digital universal y resulta que somos poco más que una tribu que obedece las palabras de su chaman en Washington.

Le estamos cogiendo gusto a seguir ciegamente a cualquier flautista de Hammelin que haga sonar ciertas palabras mágicas: Internet, negocio electrónico, economía digital, etcétera.

1-VI-02000

cifra de 1,7 millones de infoempleos sin cubrir para el año 02003. Todos estaban de acuerdo en que era urgente reducir estos déficit de personal cualificado, para evitar su seguro efecto negativo sobre la economía. El Observatorio Europeo de Tecnologías de la Información, conocido como EITO, por sus siglas en inglés, en su informe de 02001, añadía a ese déficit esperado de 1,7 millones de infoprofesionales otros 2 millones de profesionales de *e-business* (negocio electrónico), un tipo de actividad sin definir claramente, a nuestro juicio.

En contra de esas previsiones y esos miedos económicos de los empresarios, el año 02002, durante la redacción del grueso de este libro, está siendo de gran

Redes pesqueras

El panorama no puede ser más excitante. La cotización de los valores tecnológicos se desliza sobre una montaña rusa enloquecida. El valor de Apple, entre otros ejemplos notorios, pierde un 52% a primeros de octubre, simplemente por anunciar unos resultados peores de los esperados por los analistas.

Por las mismas fechas (8/X/02000), encontramos en el suplemento sobre Nueva Economía de *El Mundo* dos informaciones de signos opuestos. El artículo editorial comenta el reciente libro de Mandel, *The coming Internet depression*, que trata de por qué el "boom" tecnológico "se va al garete y por qué el derrumbamiento será peor de lo que Ud. piensa". Según la hipótesis de este señor, colaborador destacado de *BusinessWeek*, –cito literalmente las palabras del artículo– la llamada nueva economía, o revolución tecnológica y económica basada en las redes digitales, va a verse frenada en seco por la falta de financiación. Por otro lado, varios reportajes del mismo periódico disertan sobre el reclutamiento, selección, contratación, formación (masters a gogó), remuneración (muy agresiva) y retención en España de los e-profesionales demandados por la nueva economía, aunque no se sepa muy bien para qué.

U.S.A. ha abierto un cupo inmigratorio selectivo de 600.000 técnicos durante 3 años. Entre análisis discordantes de los expertos, aquí la demanda "estimada" de e-profesionales supera de largo a la oferta. Apresuradamente, las empresas han tendido sus redes de pesca, que, palabra de honor, recuerdan bastante a las redes de deriva: atrapan de todo, bueno, malo y regular. ¡Qué desconcierto!

23-XI-02000

destrucción de empleo en EE.UU. y en Europa, sobre todo en las ocupaciones relacionadas con la infotecnología, como cualquiera sabe simplemente hojeando la prensa cada día. Ya en 02001, la demanda sin cubrir en EE.UU., prevista por el informe ITAA 02001, no sólo no se confirmó, sino que la fuerza de trabajo existente en ese ramo se redujo en 530.000 empleos, según ha declarado el presidente de ITAA (*Washington.post*, 6-V-02002, p. E01). Entre la masa laboral, ha resurgido el miedo psicológico al desempleo. La última previsión que nos envía ITAA, terminando 02002, parece más optimista, aunque quien se equivoca dos veces puede equivocarse tres: su nuevo informe prevé que en 02003 se recuperarán 1,1 millón de puestos de trabajo (Véase S. Gaudin, *1.1 million Jobs coming*

for Haggard IT Workforce, Datamation, 24-XII-02002). Como se sabe, en EE.UU. practican sin problema la técnica de *Hire & Fire*, o sea, contratar y despedir.

Toda esta información, parte de ella correspondiente a realidades laborales vividas en propia carne por un hijo de Pringato, le hacen a éste despotricar contra los que, jugando con las palabras, dicen que la economía financiera no es economía real. Él ha perdido mucho dinero y su hijo ha perdido su puesto de trabajo. ¿Puede haber algo más real?

Dadas sus experiencias personales, otra palabra que le parece un tanto débil es la de “burbuja”. Un editorial de un diario español escribía en mayo de 02002: “La burbuja AOL-Time Warner estalla con efectos retardados”. El fenómeno de la burbuja económica, por sus destrozos, más que a una pompa de aire, se parece a una gota fría atmosférica. Las cotizaciones, como el aire caliente, suben, su carácter especulativo (vapor) se enfría en las alturas y condensa formando nubes, y ese aire frío empuja al bajar grandes corrientes del aire cálido ascendente, originando fuertes tormentas.

Los mercados “piensan”

Esta sección está destinada a adjetivar los comportamientos reprobables de muchos dirigentes, analistas, expertos e instituciones, en cuyo haber habrá que anotar una parte del sentimiento de desmoralización colectiva y desconfianza actual hacia la economía de esa legión de millones de pringatos. Iba a titularse inicialmente *Codicia, incompetencia, desidia*, pero al autor le ha parecido un título demasiado agresivo, como para que el lector le salte a los ojos en negritas, así, de buenas a primeras.

Las conversaciones transeúntes de Pringato, Etico-Escético y Sáez Vacas les han dejado claro a los tres que los ahorros del primero, al parecer sensibles al efecto mariposa de la teoría del caos global, o a esas misteriosas fuerzas “cósmicas” que aparentan ser los ciclos económicos, son en todo momento afectados por cualquier “imprevisto”: las palabras de algún poderoso (Greenspan o el presidente de EE.UU., por ejemplo), la crisis japonesa, la crisis argentina, la caída del real brasileño, las inundaciones en Europa central, el índice de confianza de los empresarios alemanes, los tipos de interés de los bancos centrales, el cambio de tendencia de algún tipo de ciclo, el derribo de las Torres Gemelas el 11-IX-02001, la guerra de Afganistán, el conflicto Israel-Palestina, la (durante largo tiempo) anunciada guerra de Irak, el precio del petróleo, la quiebra-escándalo de Enron¹¹, el escándalo WorldCom, los resultados de las elecciones en algún sitio, el fallo de un jurado o juez, los destrozos de la corriente El Niño (cuando toque),

o la situación política en general, es decir, por todo. Bueno, por casi todo, porque curiosamente no le afectan la hambruna crónica de algunas poblaciones, la falta de agua potable de más de mil millones de seres humanos y otros tristes etcéteras.

En la jornada del 30 de septiembre de 2002, después de caídas generalizadas en todas las bolsas (el Ibex cae ese día 3,5%, con lo que acumula pérdidas de casi el 60% con respecto a su nivel de marzo de 2000), sale el ministro español de Economía al proscenio para declarar, por enésima vez en el último año y medio, que no hay motivos de preocupación, porque los pilares de nuestra economía son sólidos: las bolsas se recuperarán. La culpa, hoy, es –dicho literalmente por el ministro– de Sadam Husein.

A estas alturas, ya hace rato que nuestros caminantes reflexivos han llegado unánimemente a la conclusión de que por lo menos un buen montón de los mencionados gestores, animadores o intermediarios de la economía son casi peores que el efecto mariposa y merecerían formar parte inseparable del concepto de gota fría (social). Si todos éstos son incapaces de gestionar, de prever o de explicar mínimamente la economía, que, como vemos, se derrumba un poco más con cualquier cosa que ocurra, la conclusión es que, como mínimo, son profesionales incompetentes, pero a menudo también ignorantes, inútiles, soberbios¹², codiciosos¹³ o mentirosos. Para colmo, suelen ser irresponsables y propensos a ponerse las medallas cuando algo circunstancialmente va bien (Pringato sospecha que a pesar de ellos), mientras que cuando las cosas se tuercen, sobre todo si son tantas e incesantes, entonces echan la culpa al empedrado.

Naturalmente, el empedrado lo forman la nómina de elementos –¿coartadas?– citados en el párrafo anterior, porque, en su opinión, el empedrado nunca son ellos. Para que los lectores aprecien la incuria intelectual, la ambigüedad tal vez calculada y desde luego consentida, de algunos de sus razonamientos, transcribiré a continuación un trozo de un artículo escrito en mayo de 2002 por el jefe de Análisis de una firma de expertos en bolsa, cuyos nombres, el suyo y el de la firma, omitiré: “El problema principal es que las telecomunicaciones estaban muy sobrevaloradas. Los mercados, en medio de la euforia tecnológica, pensaban que el sector iba a seguir creciendo eternamente”. Conclusión del lector: no eran los jefes ni los técnicos y asesores de las empresas involucradas, ni los analistas de los mercados, ni los bancos, ni los despachos de abogados especializados, ni los gobiernos, los que tenían la misión de pensar, sino que eran los mercados los que pensaban y sobrevaloraban. De estas palabras escritas, no improvisadas en una charla, se desprende que los mercados, unas entidades abstractas, son los culpables de la ruina en la cotización de las acciones de las empresas de telecomunicaciones.

Sí, ¿por qué no?, tal vez sean esas entidades abstractas a las que llamamos mercados las que han calculado las desmesuradas expectativas de demanda de telefonía móvil de tercera generación UMTS cuando comenzaron a adjudicarse, a mediados de 01999 y principios de 02000, sus licencias de derechos de explotación, con precios de puja en subastas o en concursos impuestos por los gobiernos de la Unión Europea, licencias que, con un monto de 109.085 millones de euros, acabarían convirtiéndose en licencias para matar.

Para matar a algunas de las empresas operadoras que pagaron esos precios, al parecer por un “ligero” error de apreciación de sus responsables, y que no podrán hacer frente a sus deudas ni al coste de desarrollo y despliegue de esa tecnología, estimado por un reciente y pesimista informe de McKinsey para la Comisión Europea en unos 350.000 millones de euros acumulados hasta 02010 (ver R. Muñoz, *La nueva telefonía móvil asfixia a las empresas*, El País Negocios, 29-IX-02002); para matar decenas de miles de puestos de trabajo; para matar los ahorros de sus inversores¹⁴, que acudieron a la Bolsa embrujados por palabras de futuro.

Y aunque de ningún modo sea justo extender este juicio quejumbroso, especialmente inducido entre nosotros los paseantes por el fiscal Pringato, a todos los dirigentes, gestores y demás citados, los resultados de las inversiones en el período escrutado en este libro son tan continuamente desastrosos, las actuaciones desarrolladas por las cúpulas de este conjunto de agentes económicos, tan poco acertadas¹⁵, y algunos de los hechos aireados por los medios de comunicación, tan graves, que sin duda procede aplicar públicamente una lupa sobre sus métodos, preparación profesional y ética. En lenguaje popular, lo más leve que puede decirse de muchos de ellos es que fallan más que *escopetas de feria*. Mientras no muestren capacidades mínimas para arreglar los asuntos de la economía o se defina e implante un nuevo modelo económico, donde ese gremio de patio de Monipodio no tenga entrada, lo más rentable, para quien le queden algunos ahorros, sería guardarlos literalmente debajo de un ladrillo¹⁶.

Cometería un error quien considerara estrictamente personales los sentimientos de frustración expuestos, porque se están generalizando a toda velocidad entre la opinión pública y toman cuerpo en chistes y libros¹⁷, aunque de forma extrañamente débil en los medios informativos, si se tiene en cuenta el cúmulo de historias humanas de fracaso que hay detrás, que bastarían para llenar los *reality shows* de todos los canales televisivos.

Escopetas de feria

Podemos aceptar que, como suele decirse, la mejor pluma haga un borrón, pero el problema reside en que muchos de nuestros asuntos importantes están en manos de expertos que fallan más que una escopeta de feria. El gobierno español ha errado en un 100% en sus previsiones de la inflación, y eso no porque haya hecho mal sus deberes –¡qué va!– sino porque han ocurrido cosas que no estaban previstas.

Los expertos en mercados financieros se llevan probablemente la palma en cuestión de fallos. Muchos ciudadanos incautos, que han visto volatilizarse sus ahorrillos por lo desacertado de sus consejos, deberían airear sus experiencias. Así, en marzo pasado, con el título de Telefónica en el Ibex a un precio de unos 30 euros, la mayoría de los analistas estimaban que su precio objetivo para fin del 02000 rondaría los 40 (terminó el año a 17,60). La firma Lehman Brothers, que cierto día fijó el precio objetivo de Telepizza en 12 euros, pocos meses después, en noviembre, y sin cortarse un pelo, lo valora en 3. Seguro que por algún imprevisto.

Los referidos casos son ejemplos de lo que sucede sistemáticamente como resultado de la confrontación, asertiva y soberbia, de un modo de pensar técnico y lineal con la realidad compleja y volátil. Modo de pensar que es desafortunadamente frecuente en el planeta empresarial e institucional de nuestra sociedad.

Más adelante hablaremos de otra epidemia de chapuzas injustificables, las relacionadas con actividades simples de la vida cotidiana.

8-II-02001

Teoría de la estupidez colectiva

Nos hemos acostumbrado a tolerar las malas prácticas profesionales en nuestro entorno social, tales como la mala caligrafía emblemática de los médicos, que siempre causa daños y costes indebidos, pero lo que es universalmente reprobable es que detrás de esas prácticas exista una irresponsable (a menudo intencionada), sistemática y colectiva perversión, una trama de poder corrupto, como está siendo públicamente¹⁸ aventado (durante el año 02002, tras los pinchazos bursátiles) que ha ocurrido con variados y significativos agentes económicos protagonistas de nuestra historia de ruina y desencanto.

Mala caligrafía

Estupor me ha producido leer en un importante periódico de negocios que "en el mundo de hoy casi ha desaparecido el margen de error", cuando es evidente que el incremento de complejidad ha traído consigo un aumento de los errores.

Aunque hay errores y errores. El año 01999 me ocupé mucho del Efecto 02000, que inicialmente ni tan siquiera fue un error técnico. El error fue la desidia con la que se trató, que acabó manchando, por así decirlo, a varias categorías de responsables. Por muchas razones, aquél era un asunto muy complejo, nunca fue una chapuza. Pero, ¿qué decir de esos asuntos que nada tienen que ver con la complejidad ni con la tecnología, que pertenecen al universo de las soluciones elementales y, pese a todo, se implementan como chapuzas con consecuencias muchas veces graves?

Verbigracia, los médicos, por la mala caligrafía que parece su emblema profesional, causan más muertos con sus recetas que varios terremotos. No lo digo yo, sino el Instituto de Medicina de la Academia Nacional de Ciencias de U.S.A., aportando datos probablemente extrapolables al resto de países: allí mueren unas 100.000 personas por causa de errores médicos, de las que unas 7.000 se atribuyen a errores en los medicamentos, y entre 1.500 y 2.000 (imperdonablemente) a la mala letra. ¿Cómo no confundir *Proscar* (próstata) con *Prozac* (depresión) o *Emconcor* (hipertensión) con *Entocord* (enfermedad de Crohn)?

El último monumento a la chapuza grave fue la papeleta-mariposa de voto en Palm Beach (Florida).

15-II-02001

Las pérdidas de 54.000 millones de dólares del grupo AOL-TW, arriba citadas, proceden de ajustes contables practicados para adecuar los libros a la realidad, porque la "contabilidad creativa" de la empresa estaba astutamente preparada para publicar, no esas monstruosas pérdidas, sino beneficios de 2.000 millones de dólares. Según la prensa, sus contables anotaban, entre otras cosas no menos peculiares, pagos de terceros como si fueran ingresos comerciales y de publicidad. Toda la prensa se hizo eco también, en varias ocasiones, de las alegrías contables de WorldCom, protagonista de la mayor bancarrota jamás vista en EE.UU., que no apuntó en sus libros gastos por valor de 7.150 millones de dóla-

res, frente a los 3.850 millones que declaró en junio de 02002, como ha revelado una nueva auditoría. Al tiempo que se practicaban estos métodos contables tan imaginativos, los administradores de WorldCom percibieron 104 millones de dólares, la mitad en plusvalías (dato recogido por la prensa general, 10-VIII-02002).

Los casos citados son importantes, pero no aislados. Muchos otros, sobre todo en la sede mundial del capitalismo, EE.UU., han menudeado en los medios de comunicación. Un chiste de Mingote, en el diario *ABC* de 10-VII-02002, dibuja una escena familiar, en la que, mientras el padre lee un periódico con la noticia del fraude de Merck (gigantesca empresa del sector farmacéutico) por 14.340 millones de dólares, dice la mamá, contemplando entusiasmada cómo su hijito practica el juego de magia de sacar un conejo de una chistera: “Este niño es un ilusionista con mucha imaginación. Haremos que estudie contabilidad”.

¿Puede uno fiarse de las auditorías? Antes, aunque con algunas dudas en los ambientes informados, se pensaba que sí, pero después del escándalo mundial de Enron, octava mayor empresa de EE.UU., diciembre de 02001, en colusión cómplice con la superfamosa auditora Arthur Andersen, que llegó a destruir sistemáticamente miles de documentos, unido a los variados casos vividos localmente en España¹⁹ y otros países del mismo entorno económico, la opinión pública, o sea, la gente común, cree que no. Podría haber un alud de querellas²⁰ contra muchas empresas por malas prácticas, si no fuera por las dificultades, costes y desconianza que entrañan las acciones judiciales.

En julio de 02002, el Subcomité Permanente de Investigación del Senado estadounidense culpa de la quiebra de Enron a su cúpula de mando: “El Consejo de Dirección fue testigo de numerosos indicios de prácticas cuestionables por los gestores de Enron durante varios años, pero decidió ignorarlos en perjuicio de los accionistas y empleados de Enron”. El Presidente del Subcomité señaló que las pruebas indican que el Consejo siguió, a sabiendas, las prácticas de contabilidad de alto riesgo y engaños²¹ fuera de los libros de cuentas. A primeros de octubre, el ex director financiero de la empresa, acusado de fraude, blanqueo de dinero y conspiración, se entrega al FBI. El Gobierno de EE.UU. confiscará bienes y congelará los fondos del ex ejecutivo por un total de 37 millones de dólares.

Son tantas las manifestaciones y datos sobre el manejo corrupto de la economía, resultantes siempre en perjuicios para los trabajadores de las empresas, sus pequeños accionistas y ciudadanos en general, que enunciarlos, explicarlos y documentarlos necesitaría muchas páginas. Nuestro amigo Ético-Escético nos dice que, después de reunir él personalmente mucha documentación, unas pocas frases de una columna del drástico periodista F.J. Losantos, titulada *De Seúl a*

Wall Street (El Mundo, 28-VI-02002) constituirían, a su juicio, el mejor resumen posible y el más sintonizado con los sentimientos de los afectados, sobre todo esto último. Se transcriben a continuación.

Las empresas que han alterado la contabilidad para aumentar beneficios, los analistas que han recomendado comprar cuando había que vender²² (mientras los ejecutivos de esas empresas vendían sus acciones a altos precios, sabiendo lo mal que iba la cosa), los periodistas especializados que pasaban la información que les daban, sin analizarla, los bancos de inversiones que cobraban comisiones por compras, fusiones y opas como fuera, los periódicos y revistas que convertían en héroes a esos ejecutivos fraudulentos, las autoridades económicas públicas de control y arbitraje, los políticos a quienes se encomienda la economía o la defensa de los intereses públicos y ciudadanos, los ejecutivos (banca, etc.) compensados con sueldos de infarto²³, mientras despedían gente en todas partes, (...), todos ellos son responsables del expolio a muchos pequeños ahorradores y de la pérdida de trabajo, precariedad e inseguridad de empleo, del encarecimiento de la vivienda, de la falta de horizontes de gran parte de la población (especialmente, de la población joven).

Debe reseñarse que alguna reputada pluma, como la del analista del diario *The Washington Post*, Robert J. Samuelson, de ilustre apellido económico, presenta las cosas casi como si los principales engañados fueran precisamente los más culpables. Fue “la estupidez colectiva la que ha llevado la economía a tales excesos contraproducentes. Nos convencimos nosotros mismos de que todo era al revés. (...) Nadie estaba en condiciones de asegurar qué empresas serían las triunfadoras y cuáles las perdedoras”. Son palabras literalmente extraídas de la página central de opinión de un diario español (R. Samuelson, *Una metáfora del riesgo de nuestros días*, El Mundo, 24-X-02002).

A partir de esta que pudiéramos llamar desde ahora teoría de Samuelson, queda claro que, ante la estupidez colectiva, gobernantes, instituciones reguladoras, responsables públicos de la sanidad y de la educación, informadores, dirigentes de empresa y en general todos los que tengan encomendada alguna responsabilidad social quedan exonerados de toda responsabilidad social en sus actuaciones (de las que en este capítulo se describe una pequeña muestra). De paso, nos explica la razón de la “paradójica” quiebra del contrato de confianza entre la población y su clase dirigente en nuestras sociedades complejas: los estúpidos ciudadanos somos responsables de todos nuestros males, por nuestra falta de juicio, que lo interpretamos todo al revés.

Especialmente, si –piensa el “estúpido” ciudadano Inocencio Pringato– somos tan rematadamente estúpidos como para aceptar esta teoría sobre la “gente”.

¿Quién podría expresar mejor que Dilbert el sentimiento de frustración popular ante hechos como los descritos y semejantes interpretaciones de sus causas (o concausas)?: “Somos un planeta de casi seis mil millones de bobos, que vivimos en una civilización diseñada por unos pocos miles de listillos degenerados” (S. Adams, 01998).

Durante la primera redacción de esta sección, tuve algunas dudas acerca de si, por solidarizarse con tantos pringatos, su título quedaba un poco exagerado, pero quedaron disipadas casi por completo cuando, revisándolo por segunda o tercera vez, leí lo que declaró E. Spitzer, fiscal de Nueva York, a propósito del obscuro fraude de diez grandes bancos de inversión en sus recomendaciones bursátiles, multado con 1.400 millones de dólares por la Comisión de Valores de EE.UU.: “La conspiración para mantenerte pobre y estúpido” (M. Ramírez, *La hoguera de las vanidades tecnológicas*, El Mundo, 4-V-02003). Finalmente, poco tiempo antes de entregar este libro al editor, mientras daba un retoque de última hora por aquí y otro por allá, me supe de repente muy reforzado con la aparición en octubre de 02003 del libro de Stiglitz, un premio Nobel de Economía muy peleón, titulado en español *Los felices 90: la semilla de la destrucción* (Stiglitz, 02003).

¿Quién se ha llevado (presuntamente) mi queso?

Inocencio ha leído con cierta desgana el librito de 100 páginas titulado *¿Quién se ha llevado mi queso?*, un grandioso éxito de ventas en todo el mundo, que le prestó Perpetuo durante uno de los paseos dominicales. Es una parábola acerca de cómo adaptarse a un mundo en constante cambio, según dice el subtítulo de la vigésimoprimer edición del libro, a la que corresponde el ejemplar prestado, aunque posteriormente, en marzo de 02003, podré ver en la estación de trenes de Atocha (Madrid) que ha llegado a su trigésimotercera edición. La parábola contiene una metáfora, el queso. El queso es, nada más y nada menos, que “lo que deseamos tener en la vida, ya sea un puesto de trabajo, una relación, dinero, una casa grande, libertad, salud, reconocimiento, paz espiritual, o incluso una actividad como correr o jugar al golf” (Johnson, 02001, p. 16).

Cuatro personajes habitan la parábola, dos ratones y dos liliputienses. Todas las mañanas salen a recorrer un laberinto, para ir al encuentro de su queso favorito, situado en diferentes y escondidas estancias. Una vez localizado, comen de él, se sacian y retornan después a sus casas a descansar. Una buena mañana, el queso no está donde solía, ha desaparecido. Es el cambio, que se lo ha llevado. La lección que propone la parábola es que no hay que desesperarse, sino partir en busca de quesos nuevos, que tal vez –sugiere– sean incluso mejores que los viejos quesos. Y precisamente, son los ratones, con sus cerebros simples y prác-

ticos, quienes elaboran estrategias más adaptativas que los liliputienses, “aquejados” de cerebros más complejos y emocionales, en fin, más estúpidamente humanos. En resumen, que la parábola que contiene la metáfora del queso, contiene además la búsqueda del queso, que es otra metáfora, la de la elección entre simplicidad y complejidad.

Después de leerlo, Inocencio Pringato, portador de un cerebro mucho menos simple y más emocional que el de los ratones, nos comunicó que la única conclusión que había extraído era que el laberinto debía estar lleno de ladrones camuflados de todas las bandas (gremios) descritas en este capítulo, quienes, junto con sus cómplices intelectuales, se habían llevado su queso, ellos, no el cambio ni gaitas, el queso que él y millones de liliputienses ingenuos y laboriosos habían depositado en las estancias del laberinto. O sea, que se habían llevado, o permitido que otros lo hicieran, sus ahorros, y de paso su confianza y sus ilusiones. Ético-Escético le corrigió, diciéndole que, aún siendo muy comprensible su indignación, lo más que podía decir, sin incurrir en querellas judiciales, era que se habían llevado presuntamente su queso, porque –le explicó– un terrorista, por ejemplo, al que pillan con la pistola aún humeante al lado del cadáver de su víctima, no es un asesino, sino sólo presunto asesino, mientras no lo condene un juez. Son las reglas del juego.

Pringato reconoce que está indignado, pero no sólo por su queso, él no es egoísta. Se solidariza con el queso de sus hijos, dos de ellos en el paro por el hundimiento de la economía (sector tecnológico)²⁴, y de varios de sus sobrinos y de muchos amigos de todos éstos, ya mentalmente hechos a desempeñar empleos precarios, de corta duración y con ninguna o escasa cobertura social, además de a la imposibilidad de acceso a una vivienda, que en la Comunidad de Madrid suponía el 63,4% de la renta familiar media en el segundo trimestre de 02002, según cifras oficiales²⁵, que sería después ampliamente superado en los meses venideros de 02003 y 02004. Las empresas que demandaron sus ahorros al conjuro mágico del mantra “creamos valor para nuestros accionistas”, mil veces repetido, no lo crearon, pero tampoco crearon empleo, sino al contrario. Experimenta una profunda sensación de fracaso personal, al comprobar que el progreso social de su país ha desembocado en que la siguiente generación a la suya, bastante mejor preparada por sus estudios universitarios, oficios y la correspondiente lengua extranjera, ha retrocedido tanto económicamente, que ni tan siquiera tiene acceso a bienes tan básicos como la vivienda, de precios inflados, para colmo, por connivencias con intereses políticos.

La búsqueda de la productividad y de la competitividad a escala mundial volatilizó cualquier mínima garantía de un puesto de trabajo estable, que queda automáticamente cancelada por el principio económico dominante de flexibilidad

laboral. Para muchos empresarios, los salarios se han convertido absolutamente en costes de producción, que hay que reducir a toda costa. La mano de obra es más que nunca un consumible. Esto es debido al modelo económico al uso, nos explica con paciencia Ético-Escético: “*labour is more fungible than ever before*”, según un artículo en *The Economist*. Inocencio Pringato declara, ensimismado, su incipiente simpatía con los movimientos antiglobalización. Intento explicarle, sin que me preste atención alguna, que el asunto de la globalización es demasiado complejo como para adoptar una actitud tan tajante.

Tiempos inciertos y complejos: ☹,☹,☹ ...

Cuando escuchamos o leemos las noticias es raro que encontremos algún mensaje optimista, más todavía desde que ha abandonado la radio el dúo Gomaespuma. Y si casualmente lo fuera, por la experiencia, pensaremos que es de poco fiar. Vivimos tiempos erráticos y medrosos.

Ejemplos. Un buen día, un conferenciante en la Universidad Menéndez Pelayo declara que la mitad de los hombres y un tercio de las mujeres de España padecerá cáncer; otro, un biólogo de la Universidad Autónoma de Barcelona escribe que es probable que el *Homo sapiens* esté causando la Sexta Extinción en la Tierra, por la que, entre otros desastres, un 20% de los vertebrados podría desaparecer en este siglo; el 1% más rico de la población del mundo posee lo que el 57% de la Humanidad, según el Informe sobre el Desarrollo Humano 02002, de la ONU; más de un millón de asteroides de unos 10 metros de diámetro pueden pasar cerca de la Tierra y se estima que hay unos 100.000 asteroides de 100 metros y por lo menos 1.000 de un kilómetro de diámetro, cuyo impacto sobre nuestro planeta tendría efectos catastróficos (El País Futuro, 17-VII-02002); etcétera.

La ciencia coexiste con la ignorancia, muy patente esta última en casi todo lo referido a organización social. Así, por ejemplo, unos astrónomos americanos, utilizando los mismos o parecidos telescopios con los que otros astrónomos siguen las peripecias de los citados asteroides, han revelado en octubre de 02002 su descubrimiento del mayor cuerpo celeste no planetario (1.300 kms. de diámetro) de nuestro sistema solar, situado a unos 6.400 millones de kilómetros de la Tierra, en el cinturón de Kuiper. Pero, mientras se profundiza cada vez más en los misterios del Universo y en las esencias de la materia y de la vida, parece como si creciera nuestro desconocimiento colectivo acerca de los asuntos que se relacionan con la naturaleza humana en sociedad, por ejemplo, la economía.

Confieso que cuando inicié mi peregrinaje iniciático por las relaciones entre infotecnología, innovación empresarial y economía, creí que las cosas serían de

otra manera, más técnicas y menos sórdidas. No he tenido la suerte de encontrarme con fuentes científicas que iluminasen mi camino y sí con muchas opiniones, mensajes contradictorios y, por último, engaño, decepción y crisis, de modo que creo que no incurriré en mayor necesidad que otros si resumo a mi manera mis percepciones e ideas particulares sobre lo tratado en este capítulo. A saber:

1. El sistema económico vigente en nuestro ámbito cultural, en el caso de operar cada vez con menos barreras políticas para imponerse del todo, tendería a acentuar sus caracteres patógenos de capitalismo depredador, donde el beneficio y el dinero están por encima de cualquier otro valor de civilización, con las siguientes consecuencias:
 - a. Relegando el factor humano y el factor ecológico y sin un mínimo de ética, provoca injusticia, inseguridad y acoso socioeconómico al individuo trabajador, y degradación ambiental.
 - b. Centrifugando una parte importante de la economía productiva hacia un espacio virtual de especulación financiera, que antaño fue la Bolsa, creciente y artificialmente manipulada como un mundo burbujeante y mágico por un entramado corrupto de codiciosos beneficiarios y tontos útiles, ha generado ruina, pánico y desconfianza en millones de inversores y sus familias.
2. La hipertrofia agresiva del modelo económico mayoritariamente en uso está generando múltiples, en ocasiones justificados (no siempre justos, porque a menudo pagan justos por pecadores) movimientos de rechazo y una desconfianza manifiesta:
 - a. Desprestigio generalizado de empresas, dirigentes, políticos, economía, tecnología, medios informativos y de varias instituciones tradicionalmente consideradas pilares de la sociedad.
 - b. Sentimientos antiglobalizadores, que, analizados a fondo, no van contra la globalización, sino contra el modo como ésta se hace.
 - c. Reacciones desmesuradas, entre las que un ejemplo asombroso podría ser la multa de 28.000 millones de dólares impuesta en primera instancia a una empresa tabaquera por un jurado popular de Los Angeles en octubre de 02002, para compensar a una enferma de cáncer de pulmón. (En diciembre de 02002, un tribunal federal dividió la pena por mil y redujo dicha multa a 28 millones de dólares).

3. La crisis económica de la tecnología forma parte de la crisis económica general. No es un caso aislado de ésta, sino que muestra perfiles más acusados que el resto de los sectores. Indudablemente, la debilidad económica de las empresas propicia la reducción de gastos y el recorte de inversiones, pero hay otras razones específicas:

- a. Inmadurez de la tecnología, cuyo tiempo de desarrollo y asimilación social no se mide en períodos de 2 o 3 años. Es más lento, aunque muchos, confundidos por la neurosis del lucro, no lo quieran creer y busquen como sea su atolondrada valoración bursátil. Objetivamente, son numerosas las organizaciones que no han conseguido el rendimiento o los resultados que cabría esperar de sus inversiones en equipo, servicios y consultoría tecnológica. Hay estudios que ponen en tela de juicio incluso que los aumentos de productividad proclamados a todos los vientos durante la nueva economía no sean un truco contable más. En el plano psicológico, también la infotecnología provoca miedos o, como poco, preocupación, por sus fallos, vulnerabilidad, pervasividad y descontrol.
- b. Exceso²⁶ de capacidad tecnológica instalada y, como consecuencia, exceso de capacidad productiva de infoprofesionales por parte del sistema educativo, en comparación con la demanda real de los mercados.
- c. Garrafales errores de cálculo por parte de empresarios, directivos y políticos, tal vez en pocos pero muy influyentes segmentos de la industria tecnológica, incompetencia que puede valorarse como un corolario de la inmadurez de la tecnología. El ejemplo más notorio para la pequeña historia reciente de la tecnología es el de la telefonía móvil de tercera generación, una tecnología complejísima, muy cara, lastrada en su desarrollo por los endeudamientos derivados de las subastas a precios estratosféricos de los derechos de explotación por parte de algunos gobiernos nacionales europeos. Dicho como inciso, está resultando también un error muy cómodo el cargar sobre las espaldas de la UMTS toda la responsabilidad de la crisis económica de la tecnología.

Resumiendo el resumen: Los excesos y errores propios de una nueva etapa industrial y económica, potenciados por el deterioro ético de capas poderosas del ecosistema empresarial, han traído consigo importantes consecuencias sociales, entre otras, seguramente más trascendentes, cierto desprestigio público, objetivamente inmerecido, de la tecnología propiamente dicha, cuyo papel habría que ponderarlo desde una perspectiva más ilustrada y de mucho más largo plazo. Los siguientes capítulos de este libro pretenden contribuir a dibujar esta perspectiva.

A juicio del autor, las posibilidades de la infotecnología están latentes, casi intactas. Es una constatación histórica que su desarrollo puede frenarse, corregirse, pero no detenerse. Con sus luces y sombras, su poder transformador, siempre en evolución, no ha contado con el tiempo suficiente para ser bien comprendido. Los tiempos inciertos y complejos requieren buen ánimo, por eso he titulado esta sección con el emoticono internético ☺, inventado hace algo más de 20 años.